**Relato de un misioenro**

**En esta segunda parte, quiero transmitir algunas de mis experiencias misioneras, durante los 34 años de misionero en el Perú y durante los quince meses de capellán militar en el Norte de Africa. Quiero hacerlo con la intención especial de animar a tantas religiosas, especialmente contemplativas, a ser misioneras y para que estén convencidas de que los frutos de los misioneros de vida activa se deben, en su mayor parte, a sus oraciones y sacrificios, y nunca desconfíen de la validez y de la eficacia de su vocación. Personalmente, me siento apoyado por muchas de ellas, que me escriben y son mis hermanas de oración.  
  
A ellas les dedico especialmente estas páginas misioneras.**

**VIDA MISIONERA**

**A lo largo de mi vida misionera en el Perú, he podido acumular mucha experiencia en relación con las almas. He podido sentir el hambre y la sed de Dios en mucha gente humilde y pobre, para quienes el sacerdote es verdaderamente un enviado de Dios. Y he visto sus rostros curtidos por el sol y el aire de los Andes y los he visto sufrir y morir, pero también los he visto rezar con fe y confiar en Dios como no lo he visto tan palpablemente en otros lugares donde he podido vivir. Su vida de trabajo y sacrificio han sido para mí una escuela mejor que todas las escuelas de teología del mundo para vivir mi voto de pobreza. De ellos he aprendido mucho, quizás más de lo que yo les he enseñado. Aquellos campesinos pobres, catequistas, hermanos del apostolado... me daban lecciones de teología sin palabras bonitas, sino con su propia vida de fe, fuerte y robusta.**

**Por supuesto que estoy pensando en los mejores, porque también el misionero debe sufrir al ver la indiferencia de otras ovejas. Algunos lo rechazan, porque les invita a dejar sus vicios; otros lo rehúyen por temor, debido a su ignorancia y pobreza; otros quizás no tienen ningún interés en las cosas de Dios y quieren vivir su vida “a su manera”. Pero el sacerdote se siente Padre de todos y por todos debe orar y encomendarlos en la misa diaria. Tampoco faltan, lobos rapaces que se llevan sus ovejas a otro redil y los convierten a otras sectas, porque están abandonadas como ovejas sin pastor. Es triste, pero real, que la falta de sacerdotes en aquellos lugares alejados de la civilización les hace fácilmente presas de las sectas o de los vicios.**

**Durante mi estancia en los Andes peruanos, tenía mi residencia en un pueblecito llamado Pimpincos, a 2.400 metros sobre el nivel del mar. A muchos lugares y caseríos, sólo podía ir una sola vez al año, normalmente para las fiestas del lugar, aunque procuraba ir en otros momentos en que estuvieran más tranquilos y menos preocupados por la fiesta. En algunos lugares, cuando llegaba, hacía varios años que no los visitaba ningún sacerdote. Eran caseríos pequeños y no tenían ni siquiera capilla para ir a rezar.**

**Yo pensaba: “Hay tanto que hacer, tanta gente hambrienta de Dios y yo soy un pobre hombre con mi tiempo tan limitado, con distancias tan largas, con caminos llenos de barro...” Y le decía: “Señor, te encomiendo a mis ovejas, cuídalas tú, porque yo no puedo llegar a todas”. Por eso, pienso en la gran importancia de la oración de las misioneras contemplativas. Ellas sí pueden llegar hasta los más recónditos lugares con su oración y sacrificio. Hay que orar mucho. El mundo necesita de Dios y nosotros no podemos dejar abandonados, sin sacerdotes y sin fe, a tantos hermanos que nos necesitan**

**CORRERÍAS APOSTÓLICAS**

**En mula o a caballo, raras veces a pie, con sombrero de paja o sin él y siempre vestido con mi hábito negro de agustino recoleto. En mi equipaje no podía faltar el poncho de aguas para la lluvia ni la alforja de cuero en la que llevaba lo necesario para la misa. Subiendo o bajando los enormes cerros de los Andes. Con frío o con calor; a veces, sudando la gota gorda, o con lluvia por caminos llenos de barro. Siempre acompañado de un catequista que me guiaba y me ayudaba en cualquier dificultad. Casi siempre silbando o cantando, cuando el clima era bueno, para manifestar mi alegría interior al Dios del Universo que ha creado tantas maravillas de la naturaleza.**

**Cuando llegaba a un caserío, salían muchos a recibirnos con alegría, a no ser que fuera un caserío distante, donde se iba después de varios años. Normalmente, en casi todos los lugares, la llegada del sacerdote era un día de fiesta. Por la noche nos reuníamos para la misa y allí, niños y viejos, hombres y mujeres (y hasta perros y gatos) todos unidos cantábamos alabanzas al Señor.**

**Yo los encomendaba y pedía por ellos por intercesión de María, la buena Madre, a quien siempre hacía referencia. Y, por supuesto, en compañía de los ángeles, que siempre están por todas partes.**

**¡Qué gozo siente el misionero al ver la alegría y la sonrisa en aquellos rostros de gente humilde, que lo aprecian y lo escuchan con atención! Al día siguiente, era el día de los bautismos, matrimonios, confesiones, visita a los enfermos y otras diligencias antes de emprender el camino hacia otro lugar, pues no había tiempo para descansar, ya que otros estaban esperando y ya estaban avisados de mi llegada. Y así una semana, o quince días, o un mes.**

**Por fin, llegaba a mi parroquia de nuevo y descansaba y me aseaba y podía comer un poco mejor. Y, de nuevo, después de un mes, planear otra nueva gira, porque lo pedían y había muchas personas sedientas de la Palabra de Dios. Pero, primero, había que tomar fuerzas físicas y espirituales para poder comenzar de nuevo, pues en las correrías apostólicas no me dejaban ni a sol ni a sombra y uno no tenía tiempo ni para rezar.**

**“¡Qué hermosos son sobre los montes, los pies del mensajero, que anuncia la paz, que trae las buenas nuevas y anuncia la salvación!” (Is 52,7).**

**LA MISA**

**Las mejores y más hermosas experiencias de mi vida sacerdotal han sido las misas. Muchas veces, la celebración de la misa ha sido para mí un verdadero gozo. He celebrado misa en catedrales y hermosas iglesias, pero las que recuerdo con más cariño son las que celebraba en aquellas capillitas o chozas de barro con techo de paja, rodeado de niños.  
  
Cuando las celebraba por la noche a la luz de las lámparas Petromax, tenían un sabor especial y un misticismo extraordinario ante la atención de los presentes y el poder de Dios, que se hacía presente. No faltaban días en que llovía y el ruido de la lluvia y el frío molestaba un poco, pero todo se podía superar por la alegría de estar reunidos después de tanto tiempo.  
  
¡Cuántas veces, al celebrar la misa, invitaba a los ángeles de los presentes y a todos los ángeles del Universo a unirse a nuestra celebración! ¡Es hermoso celebrar la misa rodeado de ángeles, aunque sean invisibles!**

**Los primeros viernes eran días de fiesta parroquial. De todos los rincones de la parroquia, a veces, desde distancias a cuatro o cinco horas de camino, venían unos trescientos campesinos para cumplir la “promesa”, es decir, a cumplir con la misa y comunión de los primeros viernes. A estos hermanos, se les llamaba los hermanos del apostolado. Eran los más fervorosos y daban ejemplo de vida cristiana.**

**Llegaban el primer viernes al pueblo hacia el mediodía y se confesaban durante toda la tarde. A las 7 p.m. tenía lugar la misa, bien cantada por ellos, y todos nos sentíamos verdaderamente alegres. Después de la misa, todos a cenar, donde podía cada uno, en las casas de amigos del pueblo. Y después de cenar, un buen grupo iba a dormir a la parroquia, sobre tablones de madera; los demás se buscaban un lugar en las casas del pueblo. Pero, antes de dormir, tenía lugar la tertulia, conversación con el sacerdote para contarle las últimas novedades de los distintos lugares. Al día siguiente, de nuevo a la misa muy temprano y, después, corriendo a sus casas para comenzar a trabajar. Era admirable verlos con qué devoción comulgaban, algunos descalzos, otros con sus pobres sandalias, muchas mujeres con sus hijos a cuestas... Pero todos con alegría y fe.**

**¡Cuántas gracias le he dado a Dios en mi vida por haberme hecho misionero! ¡Valió la pena haber nacido y dedicarme a llevar a Dios a mis hermanos!**

**Pero no todos los años vividos en el Perú he estado en la Sierra, en las montañas de los Andes. La mayor parte del tiempo lo he pasado en las grandes ciudades de Lima y Arequipa. También aquí he celebrado muchas misas con inmensa alegría. Quizás las misas más íntimas han sido las que he celebrado yo solo en la intimidad con Jesús. A veces, la debilidad me quitaba la concentración y celebraba con esfuerzo. Otras veces, sentía al Señor de modo especial, como aquella noche de Navidad de 1998 en que estaba muy enfermo; había salido hacía dos días del hospital y mientras mis hermanos de Comunidad, celebraban la misa de Nochebuena en dos lugares distintos, yo celebraba solo en la capilla de la Comunidad. Me sentía tan débil y pequeñito que le ofrecí al Señor mi debilidad ¿qué más le podía ofrecer, además de mis pecados? Creo que en cuestión de eficacia espiritual fue de las mejores de mi vida.**

**Por supuesto que he gozado mucho en misas de ciertos días de fiesta, sobre todo, el día de Jueves Santo y en las fiestas de Jesús y de María, que he procurado siempre celebrar con especial interés, rodeado de ángeles y santos, y orando por todo el mundo, incluidas las almas del purgatorio. Solamente en los primeros tiempos de mi vida sacerdotal, llegué a celebrar casi por compromiso y sin fe ni devoción, porque estaba perdiendo la fe por mi falta de oración personal. Felizmente, eso pasó y ahora siento la grandeza de la vocación sacerdotal y no olvido que la misa es lo más grande que se celebra cada día en la tierra y trato de celebrarla, como si fuera mi única misa o mi última misa. La misa es el centro de mi vida de cada día y cada día me preparo unos minutos antes de celebrar; voy con tiempo a la sacristía, y, después de la misa, me recojo unos momentos para poder decirle de todo corazón: “Gracias, Señor, por ser sacerdote y por esta misa que acabo de celebrar”.**

**LA CONFESIÓN**

**Después de la santa misa, mis mayores alegrías las he recibido al administrar el sacramento de la confesión, sobre todo, al confesar a personas después de cuarenta o cincuenta años que no se confesaban. Muchas de estas confesiones han sido para mí de una experiencia inolvidable. Se siente una inmensa alegría al oír: “Parece que se me ha quitado un gran peso de encima, he rejuvenecido veinte años, gracias, Padre”. Por eso, algunas veces, he pensado: “Hubiera valido la pena haber nacido, haber confesado a esta persona y, después, haber muerto. Habría valido la pena ser sacerdote sólo para esto”.**

**Y ¡qué alegría ver sonreír con sinceridad y desde el fondo del alma a aquellos hombres después de años de tristeza y de estar cargando un fardo tan pesado! En ocasiones, eran mujeres que habían abortado varias veces y durante años no habían podido vivir tranquilas; otras veces, eran hombres que habían vivido en el ateísmo muchos años o volvían a la Iglesia católica después de haber deambulado por varias sectas, buscando la verdad. O simplemente, lo que era más frecuente, personas que habían vivido durante años sin poder comulgar, porque eran convivientes o casadas solamente por lo civil. ¡Qué felicidad para ellas regularizar su situación y casarse por la Iglesia y poder comulgar!**

**Recuerdo el caso de aquel viejecito que, al ir a darle la unción de los enfermos, después de confesarse, con la alegría del perdón recién estrenado, me decía entre lágrimas: “Padre, la ignorancia, la ignorancia me hizo cometer tantos pecados”. Así explicaba él, el porqué de los pecados de su juventud. Nadie le había orientado y había ido por el camino fácil del vicio y de la mala vida.**

**Tampoco olvidaré el caso de algunos alcohólicos, hombres o mujeres que se confesaban y entraban en grupos de “alcohólicos anónimos”, y cambiaban de vida. En concreto, recuerdo aquel esposo que le pegaba a su esposa y ella vino a hablar conmigo, porque quería divorciarse. Pude hablar con los dos y fueron a un “Encuentro matrimonial” y después se casaron por la Iglesia y él entró en el grupo parroquial de alcohólicos anónimos y su vida cambió hasta el punto de ser actualmente uno de los mejores dirigentes de la parroquia. Pero tampoco puedo olvidar algunos casos, en que algunos drogadictos o personas muy deprimidas llegaron al suicidio. Sólo me quedó rezar por ellas y confiar en la misericordia de Dios.**

**Hay personas que dicen que “para qué me voy a confesar con un hombre que es más pecador que yo”. Felizmente, es Jesús quien perdona y no el sacerdote, el sacerdote es solamente un instrumento del perdón de Dios. Si él es pecador, Dios lo juzgará. Pero a través de la confesión, Dios puede derramar en nuestras vidas abundantes bendiciones que, de otro modo, no podremos recibir. Por eso, yo siempre recomiendo la confesión, al menos, mensual, y procuro tener tiempo para confesar y ayudar en dirección espiritual a quienes me lo solicitan.**

**SACRIFICIOS  
  
La vida misionera, sobre todo, en lugares alejados de la civilización es muy sacrificada. Además, hay que tener buena salud para soportar las privaciones. A título personal puedo decir que una de las cosas que más me hacían sufrir eran las comidas. Por mis males de estómago, del que me operaron siendo joven seminarista, debo guardar dieta todos los días. En aquellos lugares, preparaban la comida con manteca de cerdo y eso me sentaba mal. Muchas veces, me preparaban cosas con picante o con mucha grasa... Y tenía que decirles que no podía comerlo, lo cual era siempre desagradable, pues no hubiera querido rechazar lo que me preparaban con tanto cariño. A veces, tenía que comer menos de lo que hubiera deseado y pasaba hambre, aunque normalmente siempre estaba previsto de gran cantidad de plátanos, con los que suplía las deficiencias alimentarias.**

**En muchos lugares, había que soportar las pulgas y los chinches que no te dejaban dormir, en otros eran las ratas. Nunca me olvido del día que visité Cuica, donde había una plaga de ratas. Durante la misa, las veía correr por la Iglesia y me llamaban la atención, porque muchas eran medio blancas. Por la noche, tuve que dormir en una habitación con latas de kerosene encendidas para que no se acercaran. Pero había lugares que parecían tranquilos y, a media noche, escuchaba ruidos, encendía la linterna y allí aparecían las ratas, que subían por las paredes.**

**Otras veces, eran los fríos que hacían sufrir, o los calores que hacían sudar la gota gorda. Con frecuencia, llovía mucho y los caminos estaban llenos de barro, de modo que en algunos trechos ni la mula podía pasar, porque se hundía, y tenía que caminar a pie, lo cual para mí era una especial mortificación. No faltaban accidentes; algunas veces, la mula se caía o se resbalaba con peligro de caer y lastimarme, pero, gracias a Dios, mi ángel siempre estaba atento para cuidarme.**

**Para dormir, unas veces me preparaban sitio en la escuela del lugar o en las casas, rodeado de gente que dormía en el suelo alrededor de mi cama; o preparaban un colchón encima de una mesa o en el suelo. Dependía de los lugares, pero faltaba la privacidad, que es tan importante, y uno no se podía ni duchar, porque allí no había esas comodidades.**

**Tampoco faltaban los peligros de serpientes, donde menos se esperaba. En una oportunidad, estaba conversando tranquilamente con dos amigos y, al mirar a mis pies, vi que una serpiente roja, pequeña, de las más venenosas, estaba pasando por encima de mi zapato.**

**Me aparté y trataron de matarla, pero ya se había ido.**

**Una vez, cuando desperté por la mañana, sentí que mi labio inferior estaba muy hinchado. ¿Qué había pasado? No lo sé, pero algo me había picado en la noche. Tuve que celebrar la misa con media lengua. Pero así es la vida del misionero, y tuve que continuar el recorrido previsto, porque en otros lugares me estaban esperando. Gracias a Dios, no fue cosa grave.  
  
En aquella época de los años setenta, en el pueblo donde residía, no había ni agua ni luz ni carretera, Los lunes esperaba con ilusión al cartero a ver si traía algunas noticias del exterior. Mi única distracción era la radio. Por las noches, a la luz de la lámpara, leía algo de la Biblia o de los cuatro únicos libros que tenía o rezaba un poco y, a dormir, en mi cama de paja. No faltaban ocasiones en las que el sacerdote debía poner orden en las peleas de las fiestas y debía llamar la atención a algunos profesores o policías borrachos. También el misionero, muchas veces, debe hacer de arquitecto o constructor de obras. En Pimpincos, recogiendo limosnas y trayendo cemento desde las ciudades de la costa, pude mejorar la Iglesia y el atrio del templo, que da a la plaza del pueblo. En Arequipa, con ayuda extranjera, pude construir un gran complejo parroquial, donde actualmente viven unas religiosas, y mejorar los salones parroquiales. En otros lugares, los misioneros son los que procuran llevar a esos pueblos agua y desagüe, luz, carretera y hasta puentes, hacen obras sociales como la colocación en las casas de servicios higiénicos con pozos ciegos. Y dan charlas de salud y de todo lo que sirva para promover el desarrollo humano y espiritual de la gente, incluidas las clases de religión en los colegios.**

**ALEGRÍAS  
  
Nunca me olvidaré de aquellos viajes en mula o caballo de hasta diez horas al día. Recuerdo que, muchas veces, iba cantando, porque me sentía feliz al ver aquel maravilloso panorama de las montañas.**

**Todavía conservo algunas fotos de aquellos lugares. Me impresionaban especialmente las bandadas de huacamayos, especie de loros grandes y de vivos colores, muy hermosos. Aunque hablando de panoramas, nunca olvidaré los días que estuve en la Selva central del Perú. Fuimos desde San Ramón en una avioneta hasta Satipo y todo el trayecto era volar sobre una sabana inmensa verde. Es una vista emocionante ante la que uno no puede hacer otra cosa que alabar a Dios, autor de tantas maravillas. Después de varias horas, descendimos en un pequeño campo y de allí tuvimos que ir en mula otras cinco horas para llegar al lugar donde nos esperaban para casar a una pareja de jóvenes novios. Él era descendiente de los austríacos del Tirol, que habían llegado a aquellas tierras hacía unos cien años atrás, ella era nativa de la Selva. Todo fue muy hermoso y confesé a algunos antes de la misa y pude disfrutar en grande con aquellos hombres; muchos de ellos rubios y otros quemados por el sol.**

**Y, hablando de panoramas, tampoco puedo olvidar mis tiempos de capellán militar en el Norte de Africa, en el Peñón de Vélez de la Gomera, una pequeña islita española en las costas de Marruecos. Solamente estábamos allí cien soldados con el capitán y tres suboficiales. Por las tardes, me iba a la parte posterior de la isla y allí me divertía cantando y mirando el horizonte. De vez en cuando, se veía saltar a los delfines, pero, sobre todo, el espectáculo más maravilloso eran las puestas de sol. Eran extremadamente bellas y yo solamente podía agradecer a Dios por tantas maravillas y por tanto amor que había derramado en sus criaturas. Por supuesto que no faltaban días de tempestad en que el mar se alborotaba y las olas se alzaban majestuosas al chocar contra las rocas de acantilado. Daba miedo ver al mar tan embravecido y eso me ayudaba también a meditar en el poder de Dios y en la fragilidad humana. De vez en cuando, me ponía a escribir mis impresiones, mirando a las gaviotas volar raudas sobre el litoral. Me gustaba escribir.**

**En mi vida misionera he ayudado a toda clase de personas: jóvenes, esposos, ancianos, enfermos, pero de quienes he recibido mayores alegrías ha sido de los niños. Ellos han sido siempre mis amigos predilectos. Hasta ahora, todos los domingos, al salir de la misa, les reparto caramelos y chocolates y me siento feliz de verlos felices y me alegro, cuando me sonríen y me dicen con toda su inocencia “Gracias, Padre” con un beso o con un abrazo. Pero no solamente los domingos, también entre semana llevo siempre mi bolsillo lleno de caramelos y, cuando veo a los niños por la calle, ellos se acercan a saludarme y yo les doy un caramelo. Por eso, muchos me llaman el “Padre de los caramelos”. Es muy hermoso sentirse querido por los niños y, a la vez, es una buena pastoral, pues muchos de ellos atraen a sus padres a la Iglesia para verme y recibir su caramelo. ¡Es bello hacer felices a los niños! A veces, compro muñecas u otros juguetes para hacerlos felices. Otras veces, les compro víveres para sus familias o les doy ropa o dinero para sus estudios. Lo importante es hacerlos felices y verlos sonreír. Y así yo me siento feliz al verlos felices ¿Puede haber en el mundo algo más bello que la sonrisa de un niño que ríe feliz?**

**¡Que Dios bendiga a todos los niños del mundo! “De los que son como ellos es el reino de los cielos” (Mc 10,14).**

**LOS POBRES**

**Vivir en un país pobre puede ayudar a sentirte más solidario con los pobres, al ver tantas necesidades materiales, cuando uno lo tiene todo. En Arequipa, organicé un comedor para los alcohólicos, que deambulaban por las calles y que se dedicaban a robar para vivir. Eran unos cuarenta y les hacía cantar y rezar. Ciertamente, tenían un fondo bueno, pero había que corregirles muchas cosas y debíamos tener mucho cuidado, porque, si nos descuidábamos, nos robaban hasta los platos y cubiertos.**

**Incontables veces he repartido ropa, víveres, medicinas y otras cosas a gente pobre, aunque muchas veces también, tratan de engañar para que se les dé más. Pero hay que aceptarlos con sus defectos y quererlos y ayudarlos a amar más a Dios y a ser más responsables en su vida privada, con su propia familia. Muchas veces, he visto a niños pequeños trabajar, vendiendo caramelos, limpiando coches o limpiando zapatos.**

**Y, cuando les compraba algo o les ayudaba y les sonreía, veía en sus rostros una alegría nueva y me decían invariablemente: “Gracias, Padre”. Muchos de ellos, son de familias muy pobres, algunos se han escapado de su casa, porque les pegaban. Uno de estos niños se dedicaba a cantar en los autobuses públicos, y, después, les vendía caramelos a los pasajeros. Le ayudé mucho a superarse y nos hicimos muy amigos. Otro día vino a verme un limpiabotas y le di una ayuda. Él se quedó tan contento que me dijo: “Voy a ir a mi tierra y, cuando vuelva, le voy a traer un queso de los buenos”.**

**En otra oportunidad, iba en coche por la ciudad de Lima y vi en la acera a un hombre pobre, con la cabeza baja y que parecía muy triste. Yo lo miré y le dije, sonriendo: “Que Dios te bendiga, hermano”. Él me miró y me contestó: “Gracias, Padre”. No hubo tiempo para más, el coche arrancó y lo perdí de vista, pero me sentí muy contento y todo el día pensé en él y recé por él.**

**Mucha gente viene a la parroquia casi todos los días a pedir algo, sobre todo en Navidad, que es el tiempo en que más víveres repartimos a las familias y juguetes a los niños. Y da gusto ver sonreír a los niños pobres, aunque sea con un chocolate o con un caramelo. Algunos días viene a vender caramelos a la puerta del templo una mujer, que tiene cinco hijos. Siempre procuro ayudarle y le recomiendo que no los deje sin estudiar y de darles buen ejemplo.**

**Los campesinos pobres que viven en la Sierra, lo que más sienten es no tener un futuro prometedor en su tierra y tienen que emigrar a las grandes ciudades con todo lo que ello supone. Muchas veces, se alejan de la Iglesia o se dedican a los vicios, si no les va bien y no encuentran un trabajo. Otros se quedan en las montañas, pero tienen que sufrir muchas penurias, sobre todo, en los años en que hay sequía o hay demasiada lluvia y los ríos se desbordan y se interrumpen las carreteras...**

**Personalmente, quiero agradecer a Dios por tantas experiencias que me han hecho madurar y me han abierto al amor de mis hermanos. En este momento, estoy pensando en tantos campesinos que he conocido y que me han querido y me ofrecieron su amistad sincera. Campesinos comprometidos, hermanos del apostolado y tantos otros en los diferentes grupos de las parroquias donde he trabajado en Lima y Arequipa. Hermanos de la Legión de María, carismáticos y neocatecúmenos, cursillistas de cristiandad, de encuentros matrimoniales, de grupos juveniles o de adultos o de ancianos o de novios o de niños. A todos va mi agradecimiento sincero y mi oración.**

**LOS ENFERMOS**

**También los enfermos han sido siempre una de mis preocupaciones sacerdotales. A lo largo de mi vida he celebrado muchas misas “de sanación” por los enfermos, casi siempre en grupos carismáticos. En una ocasión, oramos por un chofer que tenía cáncer y, mientras todos rezábamos, empezó a sentir un fuerte calor por todo el cuerpo. Después, el médico certificó su curación. Y lo vi trabajar por muchos meses después hasta que lo perdí de vista. ¡Son las maravillas de Dios!**

**Cuando era capellán del hospital materno infantil “Santa Rosa” en Lima, todos los días visitaba a los niños y a las señoras después de celebrar la misa en la capilla de las religiosas que atendían el hospital. Pero, otras muchas veces, he acudido hospitales o a las casas, cuando nos llaman de urgencia para dar la unción a los enfermos. Siempre la presencia del sacerdote da paz, porque no va como un simple amigo a conversar o contar chistes, sino a orar y consolar.**

**Actualmente, en todas nuestras parroquias tenemos postas médicas para la atención a los enfermos, donde les damos medicinas gratis o a muy bajo costo. Y llevamos la comunión a los enfermos los primeros viernes de mes.**

**En la Sierra de los Andes, con unas distancias tan grandes, parecía que estaban esperando al sacerdote, pues algunos, una vez que recibían el sacramento de la unción de los enfermos, morían ese mismo día o al día siguiente. Como si Dios les hubiera dado esa gracia especial, de morir bien preparados.**

**Todos ellos me enseñaron con su pobreza y su espíritu de sacrificio a amar más a Dios. Allí he visto muchos niños desnutridos y enfermos, que podrían haberse curado fácilmente en la ciudad, pero por falta de dinero, sus padres no podían llevarlos al hospital y se morían. Recuerdo a un joven enfermo, que no podían llevarlo al hospital y estaba resignado a morir. Murió después de tres meses de haberlo conocido y me dio pena al pensar en tanta gente que se moría por no tener las medicinas o no poder llevarlos al hospital. En mi Parroquia de Pimpicos había una familia pobre, la más pobre del pueblo. La mamá estaba enferma y no podía caminar. Varias veces, la visitaba para consolarla y me lo agradecía mucho. Yo les ayudaba con lo poco que tenía, pero su fe, a pesar de su pobreza, me conmovía y hacía madurar mi propia fe.**

**De todos modos, yo mismo soy un enfermo entre los enfermos. De joven era el seminarista más enfermo del seminario, y de adulto sigo en el mismo camino, pero he comprendido que el dolor y la enfermedad, en vez de alejarnos de Dios puede acercarnos más a Él, y que, en vez de ser un castigo, muchas veces es más bien, un regalo de Dios**.